

LA CRUZ

AÑO V

REDACCION Y ADMINISTRACION
Calle Mayor, número 172, donde
se dirigirá toda la correspondencia.

Castellón 21 de Marzo de 1910.

PRECIOS DE SUSCRIPCION
Trimestre... 1'25 pesetas.
Pago adelantado.

Núm. 208

El precio de nuestra Redención

Al salir de él hace un esfuerzo supremo para despidirse de los suyos, en viéndolos con la última gota de su sangre, el último suspiro de su ardientísima caridad. Sus labios, cárdenos y moribundos se mueven ante todo para perdonar a sus enemigos... su mirada lánguida y moribunda se vuelve al futuro que a su lado profeta y blasfema, y la ofrece con promesa divina la gloria del paraíso... ante de él sus ojos eclipsados por la fuerza de la agonía y de al género humano manifiesta bondad, su, clementísima, la Reina de los mártires, la Virgen de los Dolores. Muerta... ¡Oh!... ¡Padre del abandono cruel y espantoso en que se halla... lanza un profundo gemido a la vez que suena una palabra de angustia y de necesidad: tengo sed, dice, sed de almas, de las muchas almas que no se han de aprovechar de tanta misericordia y amor como yo desde la cruz los ofrezco... Siéntese tras esto, satisfecho de haber cumplido su misión redentora, y exclama tranquilo y resignado: todo está consumado: consumada la iniquidad de los Judíos, consumada la bondad y benevolencia de Dios, consumado el triunfo de la gracia sobre la culpa, consumado el decreto de la Trinidad Beatísima en orden a la salvación del hombre, abiertas las puertas del cielo al pecador, despedido el padre de la mentira en justicia de su corona, de su cetro, de sus rosarios, de su poder... Jesús levanta su desmayada cabeza, dirige su postrer mirada al cielo, y sacando fuerzas de su misma flaqueza, pronuncia con viril y enérgico acento estas sentidas y amorosas palabras: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu»; inclínase a un lado con dulce sosiego y muere. ¡Oh dulce dejó, oh dulce muerte, oh dulce sangre, oh dulces llagas, oh dulce madero, oh dulce peso, oh inestimable caridad, que por llevar los miserables desterrados al cielo, mueres tú, Señor de los cielos en una Cruz!

¡Oh! pasión amable, oh muerte deliciosa, exclama el dulcísimo Padre San Buenaventura, absorto ante la contemplación de Jesús muerto, si yo fuera el madero de aquella santa

Cruz y en mi frente enclavados los pies y manos del buen Jesús, dijera a aquel Dios santo: ¡pones que le bajaran a la Cruz! No me apartéis de él para que nunca jamás sea yo apartado de él. Y en otro lugar: «Oh llagas de mi redente! Entrando una vez por ellas, los ojos abiertos, la sangre que de ellas salía, cegóme la vista, y después que otra cosa no pude ver sino a ti, me, tentando con las manos entrelazadas hasta las enterradas de tu cuerpo, en las cuales me quedé clavado. En ellas moro, y de sus huellas me sustento, y bebo de su dulzor, el cual es tan suave que ni yo lo sé ni puedo explicar».

No me canso nunca, sensible y apasionado como un niño, el melifluido San Buenaventura, cuando se refiere en su obra a los éxtasis contra el trofeo inmortel de los flagelos de Jesús en estas bellí-

simas estrofas: «¡Oh vid florida esposo de sangre y rubio Nazareno! Una sola flor brotó de un precioso tallo, y esa fue la rosa de la caridad. Esa luce, brilla y fulgura en todo tu sacratísimo cuerpo. Miro tus manos, y en medio de su hermosa palma veo la flor encarnada, la rosa de la caridad tinte en sangre divina; fijóme en tus sagrados pies y de ellos gota el suavísimo licor de sangre en que se baña la flor rubicunda de tu ternura y amor. Penetro en tu amantísimo costado y siento borbollar el vino delicioso que engendra vírgenes al correr por las venas exangües de tu cuerpo flaco y desmayado!... ¡Oh Padre eterno! una fiera cruel ha devorado a tu hijo; reconoce su tónica teñida en sangre que mana aún caliente de sus cinco rutilantes aberturas».

Esta sangre ha sido el precio de nuestra redención.

Primera caída de Jesús debajo de la Cruz

La caída, poco antes de su fin, tiene a la vez piedad, se ensancha y sube un poco; por ella pasa un acue-

ducto subterráneo que viene del monte Sión; antes de la subida hay un hoyo, donde hay con frecuencia



agua y todo cuando llueve, por cuya razón han puesto una piedra grande

para facilitar el paso. Cuando llegó Jesús a este sitio, ya no podía andar;

